

Ecumenismo o el rescate de la fraternidad

La palabra ecumenismo proviene de una raíz semántica que pudiera interpretarse como tierra habitada. Como adjetivo significa universalidad. En sentido implícito, ecumenismo revelaría también vocación al diálogo, a la conciliación de lo diverso. No por gusto hoy día voluntad ecuménica, talante ecumenista, traduce aquellas conductas que tienden a la búsqueda de las semejanzas, de lo que une más que a las diferencias incompatibles. De tal manera, pudiéramos encontrar la palabra ecumenismo en cualquier terreno de la religión, la política, la ciencia o las artes donde se intente descubrir al otro, reconocerle y aproximarse desde el respeto a la pluralidad.

Pudiera pensarse que el ecumenismo es un concepto relativamente nuevo para la Iglesia. Es verdad que la Iglesia Católica, por disímiles razones, asumió tardíamente el diálogo con lo diverso. Fue al calor del Concilio Vaticano II, y debemos al papa Juan XXIII una especial sensibilidad para captar la importancia del ecumenismo como una necesidad impostergable del siglo XX. Los entonces teólogos conciliares y futuros papas Pablo VI y Juan Pablo II, participaron activamente en esos debates. Sus respectivas cátedras pastorales marcarían a toda la Catolicidad con el sello del ecumenismo, y no sólo en el ámbito religioso.

Sucede que el ecumenismo está en la raíz misma del Cristianismo. El Concilio, y así consta en sus documentos, sólo actualizó algo que es como el corazón del legado de Jesús: el otro, quién quiera que sea y sin importar cómo piense, es mi hermano; a él, al próximo, lo amaré como Él nos ha amado.

Esta idea es sumamente importante porque lleva implícito el concepto de la fraternidad: todos los hombres, sin distinción de razas, credos políticos o filosóficos, género y edad, provenimos de un origen común, de un Padre Único, misericordioso. Parfraseando una máxima marxista, el hombre, antes de hacer política, filosofía, religión o ciencia debe, primero, verse como hermano del otro. Ese, y no otro principio, es el que sostiene la vida sobre la Tierra. Es lo único que puede empezar a hacer la vida grata y virtuosa.

¿Es difícil? Sí, lo es. A tal punto resulta difícil, que sólo Dios a través de su Hijo Único sería capaz de afirmar algo tan radical. Si los hombres poseemos la misma sangre, porque venimos del mismo Padre, primero que todo somos hermanos. Después, sólo mucho después, estaría cómo concebimos el Mundo cada cual. Y eso último, que es lo discutible, ya no tendría por qué ser fatídico.

Sin esa lógica, que puede parecer ilógica, Pedro, el primer apóstol, no hubiera podido evangelizar las muy ortodoxas comunidades hebreas de Jerusalén. Pablo, ese apóstol itinerante, primer difusor de la Buena Nueva en el mundo pagano de la época, no hubiera conquistado para Cristo el corazón de tesalonicenses, corintios o romanos, tan distantes en geografías como en culturas.

Y más recientemente, ni Martin Luther King, jr, ni Ghandi hubieran logrado cambios en sus respectivas sociedades, tan distintos como son los blancos anglosajones protestantes de aquellos antiguos negros esclavos africanos, los colonialistas anglicanos de los pacíficos nativos hinduistas. La pedagogía del amor agápico y fraterno es tan difícil, dolorosa e incomprensida a veces que las cuatro personas citadas en los ejemplos perdieron sus vidas en el empeño.

Hay, además, un altísimo sentido ético en el principio cristiano de la fraternidad: desaparece el concepto humano del enemigo absoluto. No es posible, salvo en un acto de suma perversidad, aniquilar a un hermano porque no coincide con nuestras ideas. Al pecado fratricida del Viejo Testamento, representado por Caín y Abel, se le oponen las parábolas cristianas del Buen Samaritano o la del Hijo Pródigo.

De ese modo, la idea del enemigo por todas partes carece de sensatez tras irrumpir el Cristianismo en la historia humana. El fratricidio sólo conduce al agotamiento, a una espiral de violencia sin fin, a la destrucción de lo bueno, de la belleza y de la Verdad que puede haber en cada hombre.

No es posible aniquilar a un hermano porque no coincide con nuestras ideas.

Al pecado fratricida de Caín y Abel, se le oponen las parábolas cristianas del Buen Samaritano o la del Hijo Pródigo

Muy interesante ha sido oír del poeta Cesar López en la última Feria Internacional del Libro que debemos comenzar a andar un camino de ecumenismo cultural; a rescatar a aquellos que, dentro o fuera de la Isla, piensen o no de la misma manera que otros, y que son parte indisoluble de nuestro patrimonio intelectual, es decir, hermanos en este Pater común que es nuestra querida Cuba.

A los laicos, levadura y sal en la sociedad, corresponde en el centro de trabajo, en el barrio, en sus hogares, comenzar a ver al otro como lo que es, un hermano. Los hermanos tienen diferencias. Pueden, incluso, disgustarse un tiempo. Pero saberse de una misma sangre, tarde o temprano les hará buscar el momento para acercarse, conversar, hacerse próximos, habitar esta tierra con todos y para el bien de todos.